

JUEGOS FLORALES DE NARRATIVA 2012

Acta del jurado

El miércoles 31 de octubre, a las 6:00 p. m., se reunió el jurado de los Juegos Florales Un Vicio Absurdo 2012 en el género narrativa, conformado por Antonio González Montes y Miguel Carneiro, y bajo la coordinación de Jorge Eslava; y tras deliberar, después de haber revisado cuidadosamente los sesenta y seis trabajos presentados, acordó conceder los siguientes premios::

■ **Primer premio**

al cuento «El viaje al interior» (seudónimo Gajah) de Olney Enzo Goin del Río

■ **Segundo puesto**

al cuento «Los placeres de Natalia» (sin seudónimo) de Bryggette Joredy Huapaya Cárdenas.

■ **Tercer puesto**

al cuento «Hasta el cielo» (seudónimo Slayer) de Jamil Humberto Sheput Torrealva

■ **Menciones honrosas especiales**

a los cuentos:

«Nova-7» (seudónimo Salem Reubek) de Fernando Omar Amaro Machacuay.

«Los sueños de un incauto» (seudónimo Alpinchi) de Jean Pierre Arturo Aymara Fernández.

«El pergamino» (seudónimo Kimba) de Alexander Evanán Casavilca

■ **Menciones honrosas**

a los cuentos:

«Sigo sin saber» (seudónimo B) de Claudia Daniela García Bustamante.

«La mariposa azul» (seudónimo Jasha) de Martín Morales Grozo.

«Los fantasmas de San Borja» (seudónimo Rudolph) José Manuel Castillo.

«Libre de consciencia» (seudónimo Diciembre) de Adriana Tuesta Martínez

EL VIAJE AL INTERIOR

Olney Enzo Goin del Río

Era un rostro ceniciento, de brillos magnéticos y masculinos trazos. Sin prisa avanzaba, y sus pasos, levantando el polvo como una delicada magia, resonaban hasta perderse en el horizonte. El destino lo había guiado hasta allí, como a una nube errante, y ahora, como en toda historia de ciclos, el indefectible momento de retornar a su lugar de origen había llegado.

El recorrido había sido largo y no exento de peligros. Incontables matas hirsutas de césped fueron atravesadas por sus pies desnudos, los mismos que anduvieron por aquellos ardientes trechos de tierra resquebrajada al sol, donde la sed arrecia y el vapor se eleva desde grietas arcillosas. Pero el camino también le regaló atardeceres magníficos; pudo sentir gran regocijo al respirar hondamente las fragancias del mundo, y la nostalgia se infundió en su pecho, como una agradable sensación de añoranza, cuando anduvo por las sendas que alguna vez recorrió con su familia.

Una cálida mañana se percató de un brillo lejano, un brillo que capturó su fantasía como lo hacen las estrellas con los desvelados soñadores. Acercarse implicaba desviarse de su camino, pero como no hay alma libre que pueda rehuir de lo hermoso ni resistirse ante la tentación de lo enigmático, sus pasos, antes dirigidos hacia el sur, se encaminaron al oeste. Y así, con el sol ya sobre su cabeza, arribó a aquel lugar donde las hierbas crecen alto, aquel lugar en el que la vida florece y el lodo abunda, refrescante y generoso: el oasis. Escaso era el tiempo que le restaba de vida, aun así, decidió quedarse allí. Ya la prudencia se encargaría más adelante de ponerlo de vuelta en marcha hacia su destino.

Los días pasaron sutiles; menguaba el lodo al calor y el agua a la sed. Personajes iban y venían, algunos emplumados, otros con elegantes pelajes cubriéndoles la piel, pero ninguno como él: desnudo. De este modo, aguardó y aguardó, observando la travesía inmortal de los astros celestes, la trifulca del sol con la luna en horas vespertinas, los ramales de luz entrelazados por el brillo de las estrellas, hasta que los párpados sobre sus ojos se tomaron irresistibles y aquel magnífico antiguo cuerpo cedió ante el severo escrutinio de sus años pasados. Ciertamente había llegado el momento de partir, pero con esa certeza su alma se llenó de un vacío difícil de contener, y es que, aun cuando había sido decisión suya el alejarse de sus iguales, lamentaba no tener la oportunidad de verse una vez más, joven en las llanuras, al verlos a ellos, tan inconscientemente vivos, tan ignorantemente muertos. Un impulso por quedarse allí se alimentó con la visión de aquellas flores que danzaban al compás de los latidos del viento, del apacible rumor del agua y el arrullador retozo



de las ramas danzantes. Pero el impulso se desvaneció, como lo hacen los castillos de arena, cuando la corriente de su destino lo envolvió hasta ponerlo nuevamente en marcha hacia el lugar en el que el círculo de su vida debía cerrarse. De esta manera se despidió del dorado resplandor que alguna vez lo sedujo a lo lejos y sus pasos, nuevamente, se alinearon hacia el sur.

El tiempo se apiñó sobre él. Se esfumaron la magia de sus pasos, la vitalidad de su mirada. Pero el fin del camino se encontraba próximo y podía percibirlo, no con sus ya gastados sentidos, sino con una naciente intuición que crecía como una incontenible llamarada, una incierta certeza que palpataba al son de su corazón y se esparcía por todo su ser. ¿Sería la muerte? ¿Sería la vida? ¿Sería la vida después de la muerte? ¿Era esa llamarada, su alma deseosa por alzar un último vuelo más? Quizás, quizás.

Aquello que lo guio al final fue un aroma que se aparecía fragmentado en el aire, un aroma que huía con la misma facilidad con que se presentaba y que se colaba hasta las más finas capas de su memoria, reviviendo escenas de un pasado que él creía olvidado. A medida que sus pasos acortaron el camino, y el camino, su vida, las imágenes fueron adquiriendo una nitidez maravillosa, de coloraciones intensas y novedosas. Vio a su madre comer de las copas de un árbol purpúreo, bajo un cielo negro. Siguió la sombra blanca de su padre y sintió paz; luego, las patas de este se convirtieron en las suyas y se vio invadido por un orgullo que creía haber dejado atrás, en las huellas del camino. Finalmente, a lo lejos, se le presentaron las siluetas de su propia familia. Corrió hacia ellas con lo último que le quedaba de aliento. Los ojos profundos de su amada, las trompas largas y ondulantes de sus pequeñas crías, los nacientes colmillos de los inquietos jóvenes. Sabía que no estaban realmente allí, pero, cuando al fin llegó, supo que lo habían acompañado durante todo el viaje.

Allí había nacido, allí debía morir. El elefante se hincó sobre sus cuatro rodillas, sintiendo el rocío primaveral acariciándole el rostro. Finalmente descansó su pecho sobre la tierra y cayó de costado, levantando el polvo una vez más, como aquella magia infinita. Su último respiro fue uno lleno de esperanzas; otro ciclo se había cerrado, y ahora, su próxima vida, podría ser tan digna como su muerte.